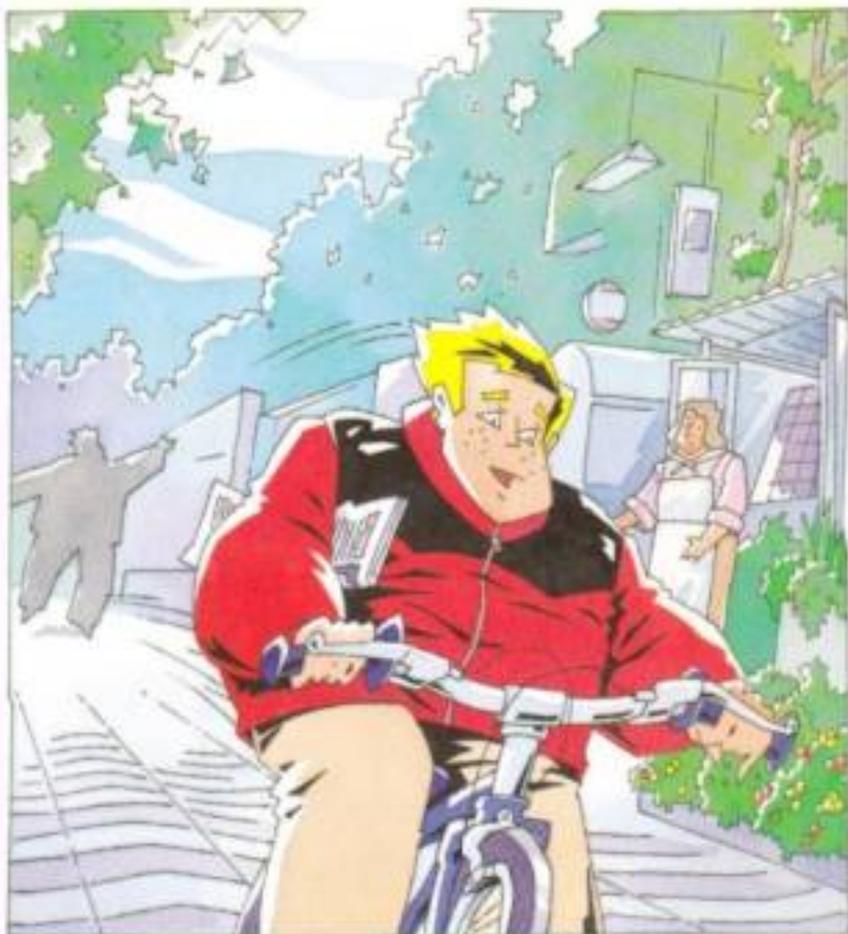


*ala delta*

Juan MUÑOZ

**LOS CASOS DEL  
COMISARIO RICART.**

**ALARMA EN LAS RAMBLAS**



El Lubeks es un famoso diamante, el más grande del mundo, y está en una urna del gran edificio de una fundación. Su robo desencadena una investigación en la que un joven estudiante desempeña un importante papel para desentrañar el hecho.

Juan Muñoz es profesor de bachillerato y un importante escritor de narrativa de humor.

## Índice de contenido

Cubierta

Los casos del comisario Ricart. Alarma en las Ramblas

Primera parte: El robo.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

Segunda parte: La búsqueda.

1

2

3

4

5

6

7

9

10

11

12

13

14

15

17

18

19

20

22

23

24

25

26

27

28

29

Tercera parte: La clave.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

13

Cuarta parte: Se resuelve el enigma.

1

2

3

5

6

Notas

# **Primera parte:**

## **El robo**

## 1

**E**L 29 de diciembre aparecía en los periódicos de Barcelona la siguiente noticia:

*Ha desaparecido del Museo de la Fundación Josep Folch i Mangot el famoso diamante Lubeks, encontrado hace un año en el lago Freedom, un pequeño enclave en Sudáfrica. El robo se presenta como un enigma. No se ha encontrado huella ni rastro en la urna de cristal donde se encontraba el valiosísimo diamante.*

Esta noticia había aparecido por primera vez el anterior día 28, en la edición extraordinaria de *La Vanguardia* de las veinte horas. Nadie la había tomado en consideración debido a la festividad del día. El reloj de la pared acababa de carraspear unas once de la noche lentas y achascosas. El comisario Joaquín Ricart, de Montjuïc, puso las botas sobre la mesa, sacó de la cartera el bocadillo que le había preparado su mujer y comentó con humor:

—Ya no saben qué inventar estos periodistas. Es la inocentada más estúpida de veinte años a esta parte.

El agente Puig movió la cabeza:

—La más absurda fue la del *ABC* de hace doce años.

—¡Ah, sí! Que habían robado la estatua de Colón del puerto de Barcelona. La verdad es que cada vez tienen

menos imaginación. Esto aún es más estúpido. ¡Robar una joya de mil millones de *pelas*! ¿Quién lo cree?

En ese momento sonó el teléfono. Era una llamada apremiante. Una voz de mujer.

—¡Por favor, necesito que vengan con urgencia aquí, al cuarto piso!

—¿Al cuarto piso de dónde? ¡No te fastidia! ¿Quién es usted?

—Señorita Llopart, Lucita Llopart.

—¿Dónde vive?

—En la calle Sombrerers.

—¿Dónde cae eso?

—Debía saberlo. Cerca de Vía Layetana.

—¡Ah! Perdón. Usted, ¿qué años tiene?

—No contestaré a eso. Es estúpido. No conocen mi calle, preguntan la edad y, mientras, el criminal paseándose por la escalera.

—¿Qué pasa, señorita?

—Oigo pasos, comisario. El ático de mi casa está vacío y alguien sube y baja, ensucia la alfombra con cal. Tengo miedo.

—Cierre bien con llave. No abra a nadie. Vamos allá.

El comisario levantó los hombros. Como esa llamada, recibía docenas todos los días. Viejas chifladas, que vivían solas en sus buhardillas. Ancianas aterradas que tenían en la primera página de su agenda el nueve nueve nueve nueve del comisario Ricart.

—¿Por qué me llamaré Ricart? Todo el mundo cree que puede llamar al comisario Joaquín Ricart. Que se pierda un perro, al comisario Ricart; un borracho, al comisario Ricart. De todas maneras, diré a Farré, del setenta y nueve, que eche un vistazo. Es el coche de vigilancia de zona, ¿no?

El agente Puig no pudo contestar. El teléfono repiqueaba sobre la mesa. El comisario descolgó y se puso el auricular al oído; alguien preguntaba:

—¿El comisario Ricart?

—Al aparato.

—¿Qué pasa con el embrollo del diamante de la Fundación Folch i Mangot?

—¡Un cuerno! Vaya a tomar el cabello a los chupatintas del Ya.

—¡Comisario! Soy Jordi Gumi, jefe del Distrito. Creo que debe aprender modales.

—A sus órdenes. Perdone, es la centésima vez que me llaman para esa estúpida inocentada. Cualquier mendigo del puerto tiene derecho a llamar al nueve nueve nueve a preguntar por la maldita piedra. Le diré, capitán: esa piedra está aburrída de sueño en su jaula de la Fundación. Allí la vigilan cuatro agentes privados y la custodian los rayos infrarrojos, un cristal irrompible y unas paredes de metro y medio, y luego el timbre de alarma y el cable conectado con mi propio despacho.

—Pues sabrá usted, amigo, que ha desaparecido.

El comisario rió estrepitosamente. Delante de sus narices, sobre la campana giratoria de limonada, veía el timbre de alarma que comunicaba con la urna del museo donde se albergaba la piedra.

—Mi capitán, no soy sordo, aquí no ha sonado nada. El timbre está mudo.

## 2

El comisario dejó de reír. Se oía ahora al otro lado del teléfono la voz inconfundible del presidente de la Folch i Mangot, una voz machacada por el tabaco y el alcohol. Al principio le impresionó:

—Comisario, dese usted una vuelta por el quiosco y compre el periódico que quiera. Si sabe leer, lea.

El comisario volvió a reír cada vez con más fuerza. Al fin pudo articular unas palabras.

–Dese cuenta, señor, de la fecha, ¡28 de diciembre!

La voz agria del señor Folch i Mangot le dejó sin habla.

–Comisario Ricart, mire su calendario. Ahora son las cero cuarenta y cinco. Estamos, pues, a día 29. Se acabaron los Santos Inocentes. Esos periódicos no se andan con bromas. Le digo que la piedra ha desaparecido.

El comisario tiró a la papelera lo que le quedaba del bocadillo y fue con pasos vacilantes a servirse un vaso de limonada. En ese momento, una sacudida eléctrica hizo astillas el silencio del despacho del comisario. Era el timbre de alarma. Jamás el corazón le había latido tan aprisa. Tomó la chaqueta, se puso la gorra y se dirigió a zambullirse en el tráfago de las calles de Barcelona, a ver si podía olvidar tan desagradable asunto.

–¡La pistola, comisario!

El comisario volvió a la percha para coger su arma. Luego salió. Un viento gélido azotaba las Ramblas. Había bajado por la calle Escudellers, donde tenía su oficina, y ahora levantaba su vista para mirar el reloj de la Relojería Moderna. Eran las cero cincuenta y cinco. Su vista cansada se dirigió hacia la columna de Colón. ¡Qué frío tendrá el pobre navegante allí subido! ¡También lo tendrían los cuatro angelitos trompeteros que adornaban la estatua! El comisario arrastró sus pies hacia la iglesia de Santa Ana, que en ese momento rebosaba de mendigos. Estaban sentados en los bancos y dormitaban o charlaban mansamente. Le gustaba adentrarse en aquel ambiente de derrota y mugre confortablemente instalada bajo las afiligranadas bóvedas del techo. Contempló un momento su sencilla y hermosa crucería gótica y murmuró:

–Artistas medievales construyendo monerías para cuatro borrachos.

–¿Qué hace por aquí?

### 3

Ricart volvió la cabeza asustado. Era un hombre que comía lentamente un paquete de galletas. Movía sus quijadas desprovistas de dientes con el rítmico movimiento de un buey. No era viejo. Tendría unos cuarenta y cinco años, pero presentaba un aspecto descuidado: sin afeitado, con poco pelo y oliendo a rescoldo frío, a suciedad y a vino. En dos bancos, algo más lejos, había reunidos diez o doce hombres también renegridos, mal vestidos, que hablaban suavemente. Parecía incomprensible que estos hombres vencidos, sin oficio ni casa ni instrucción, tuvieran que decirse tantas cosas. Hablaban con unción y se escuchaban casi religiosamente, como si cada uno fuese un profeta o un filósofo. Ricart preguntó a aquel hombre:

–¿Sabes algo de la piedra?

–¿De qué piedra?

–¿No sabes nada, Joan?

–Sólo sé que anda la gente revuelta. Corre el dinero más de lo acostumbrado, se ha cenado bien en Nochebuena y ha habido botellas de *whisky* por las esquinas.

–¿Y de la piedra?

El comisario observó que los mendigos se iban disgregando. Un golpe de codo diluía una conversación. Un chist despertaba a aquel vagabundo que dormitaba solitario. De pronto, Ricart se dio cuenta de que desde la altura caían enroscados los arpegios del *Mesías*, de Haendel.

–¿Qué pasa?

–Hay concierto.

–¡Qué raro! ¿No se celebran a mediodía?

–Hoy es algo distinto. También los pobres de noche tenemos derecho. Alguien ha pagado al organista Eduard Martorell para que nos murguee los oídos a medianoche.

–¡Eh!

El comisario se había quedado solo. Por aquí y por allí, alguna vieja que no se sabía si dormía o flotaba en aquel mar de armonía. Junto al altar mayor, tres o cuatro filas de gente bien trajeada, sin duda melómanos de los alrededores de las Ramblas. Sonó la una en el reloj de la torre y se percibió ruido de pisadas en el claustro cercano. Un grupo de turistas acababa de desembarcar en las escaleras. «Barcelona de noche», pensó el sargento, «Barcelona de noche es una grillera: Colón en su columna con su dedo extendido y su cabeza erguida oteando el horizonte, las palomas ateridas en lo bajo del monolito, los camiones de la basura, los timbres de alarma que nadie sabe quién los hace sonar».

Aquellos bárbaros gritaban en el propileo del templo. «Propileo», pensó el comisario. «¡Qué palabras surgen en la mente cuando uno está preocupado! También existe peristilo, pero es otra tontería». No sabía muy bien qué significaban aquellas palabras. Claro que, estando en juego una piedra de mil millones de pesetas, había que cuidar el lenguaje.

## 4

El comisario se arrastró malhumorado entre los bancos y salió de la iglesia. Pasó bajo el arco de Santa Ana, tomó la calle de la Puerta del Ángel, la de Archs y se encontró en la plaza Nueva. Desde allí ya se veía el árbol, un árbol de Navidad gigantesco que los comerciantes de la ciudad habían instalado aquel año frente a la catedral.

—¡Eh, comisarioooooo!

Joaquín Ricart se acercó atraído como una estúpida mariposa.

—Hermosa Navidad —oyó una voz que surgía a su lado.

Se había sentado en un banco que estaba lleno de desocupados. Algunos dormían, otros empuñaban una botella de *whisky*, un viejo cantaba a grito pelado el *Adeste, fideles*. La voz era de una anciana que comía bollos de azúcar.

—¿Quiere uno?

El árbol estaba adornado de bombillas y de pequeños regalos de Navidad. De las ramas pendían estrellas, bolas de cristal, cintas de seda. El sargento dirigió sus pasos al majestuoso abeto. Algunos hombres extendían sus manos hacia sus ramas y desenganchaban algún que otro paquete. Los mendigos aún tenían el humor de regalarse pequeños obsequios. En los paquetes se veían escritos groseramente los nombres: *Para Jordi*, *Para Carmen la Cerillera*. Dentro, las cosas más absurdas. Había a veces regalos salidos de un robo; otros, adquiridos con los esfuerzos de muchos días de mendigar por las esquinas. Era un detalle de solidaridad que humanizaba aquellas rígidas ramas.

—¡Comisario!

Carmen la Cerillera, que así se llamaba la vieja, desprendió o hizo que desprendía un paquete del abeto incorporándose trabajosamente en su silla de ruedas y se lo ofreció a Ricart. El comisario quedó sorprendido. Cogió el envoltorio y observó que sobre el papel rojo se destacaba su nombre. Los diez o quince desocupados que pululaban por entre bancos y *parterres* se pararon. Todas las miradas se dirigieron a él. Debían de esperar que surgiera un resorte con un puño, o una nube de polvo de pica pica o hasta una pequeña detonación. El comisario, con una sonrisa molesta, rechazó el paquete. La mujer insistió. Se decía que en otro tiempo había sido su novia, que era una mujer excéntrica que guardaba no sé cuántos miles de pesetas en una cartilla de ahorros. Todo podía ser mentira. No importaba. El mundo harapiento y mágico del barrio chino lo creía así.

## 5

El comisario hizo desaparecer el paquete en el bolsillo de su abrigo y empezó a caminar por la avenida de la Catedral y luego por la Vía Layetana en dirección al puerto. El puerto era el mejor refugio de Ricart; su bruma melancólica, lo apartado y misterioso del lugar, el lento chapoteo de las aguas le consolaban de sus fracasos y eran fuente de inspiración. Su lugar preferido era el muelle del depósito. Se acercó a una farola, junto al agua, y abrió su paquete. No había nada. Un papel minúsculo se desprendió del interior de la caja. Extendió el brazo para cogerlo y estuvo a punto de atraparlo. Le pareció leer en los primeros momentos algo así como «La piedra está...». El papel fue a perderse a unos metros, entre los cascos de dos barcos anclados. Un remolino, y algún pez se lo zampó.

–Soy un imbécil. El papel sin duda decía dónde está la piedra y yo...

–¿Le pasa algo, comisario?

Había parado un coche negro y silencioso. El comisario se llevó la mano al pecho.

–Comisario, soy yo. No se le ocurra disparar.

Asomaba una cabeza por la ventanilla. La barba rubia y las grandes cejas de Farré, el del coche patrulla número setenta y nueve, lo serenaron.

–¡Qué cosas más extrañas me ocurren esta noche! Vamos corriendo a la catedral.

–¿Va usted al concierto?